

EL AFICIONADO Y EL PROFESIONAL

¡A mí no me parece mal que los futbolistas que lo valen —y el valer es relativo— cobren por jugar al fútbol!

Lo malo es que no todos los Clubs ni mucho menos pueden pagar lo que les piden. A veces mil pesetas para un Club modesto es tanto como cien mil para un poderoso. Pero las circunstancias mandan y hoy en día si se quiere tener jugadores hay que soltar pesetas. Es la triste y dolorosa realidad. Son muy pocos los que con todo desinterés se inscriben en un Club. Unos con fichas de aficionados y otros con licencia de profesional, cobran. Esto hay que admitirlo por poca gracia que nos haga y no hay reglamentación que lo enderece.

Admitido esto, se pueda o no, para nosotros debe reunir el jugador una cualidad esencial: el amor al Club. El jugador que no sienta ese cariño, hará muy poco de provecho. El simplemente mercenario, el que juega nada más que por haber recibido unas pesetas, será ineficaz en esos momentos trascendentales por los que pasan todos los equipos. Por mucha honradez y buena fe que ponga en su trabajo. Cumplirá y se excederá en él, pero cuando llegue la tarde decisiva en que hay que darlo todo, ¿no se acordará de que juega por ganar un dinero? ¿No puede aquella «jugada» privarle de lograr esas pesetas tras las cuales va?

El jugador aficionado o profesional ha de entregarse, ante todo y sobre todo a su Club. El deportista tiene que ser noble en todo y condición de nobleza es el ser leal al Club que ha confiado en él. Pero su lealtad, si se quiere llegar a lo ideal, no se ha de basar en el «tanto y cuanto», sino en sentir en el corazón el deseo de conquistar el título para aquellos colores.

El que no tenga amor a su Club no será un buen futbolista por mucho que trabaje en su personal lucimiento.

Le faltará corazón y sin éste, ¿qué es el hombre?

José María Mateos